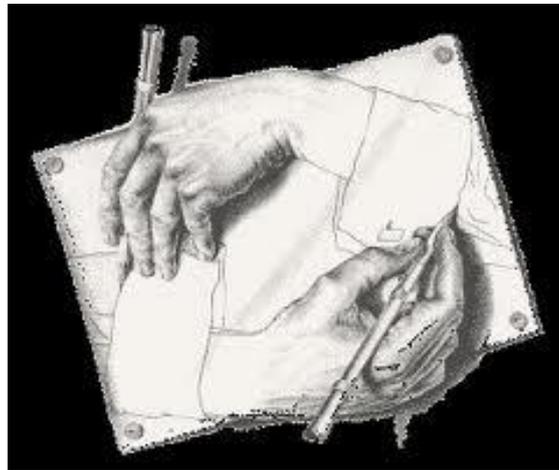


# MARRAMBLAS Y FARRAGUAS

II Certamen literario

Ayuntamiento de Navarrevisca

2010



Itziar Matamoros García  
Begoña Burgos Muñoz  
Marcos Hernández Hernández  
Patricia Martín Rivas  
Eduardo Perote Arranz  
Sandra Yuste Gómez  
Christian Hernanz Redondo  
M<sup>a</sup> Ángeles Lozano García  
Sergio González Sánchez  
Adrián Duque Pons  
José Sánchez Calvo

**1 euro**

Un jurado compuesto por Jesús Burgos, M<sup>a</sup> Dolores Gallego, Sandra Matamoras, Fernando Sánchez y Roberto Sánchez decidió, tras varias deliberaciones el jueves 12 de agosto de 2010 a las 20:30, que los autores ganadores del II Certamen literario “Marramblas y Farraguas” fueran los siguientes:

### **Narrativa**

1º Premio: *Ser feliz*, de Itziar Matamoras García

2º Premio: *Silencio*, de Begoña Burgos Muñoz

3º Premio: *Gotas*, de Marcos Hernández Hernández

### **Poesía**

1º Premio: *Resistencia*, de José Sánchez Calvo

2º Premio: *Un minuto en recordarte*, de Itziar Matamoras García

3º Premio: *Envoltorios*, de Adrián Duque Pons



En la primera imagen y de izquierda a derecha, Begoña Burgos, Víctor Matamoras (en representación de Itziar Matamoras), Marcos Hernández, Adrián Duque y José Sánchez. En la segunda, los ganadores con los miembros del jurado.



José Sánchez e Itziar Matamoras, 1º Premio de Poesía y 1º Premio de Narrativa “Marramblas y Farraguas 2010”

## SER FELIZ

### (1º Premio de Narrativa “Marramblas y Farraguas”)

“Si quiere usted ser feliz, envíe un SMS con la palabra FELIZ al 343”

Y eso hice. Cogí mi móvil Motorola ES400 de última generación, escribí FELIZ, de una tirada, y lo envié sin pensarlo. Me considero una persona alegre, por lo menos un siete pondría yo a mi dicha en una escala de diez. Tengo cubiertas mis necesidades básicas, un trabajo, que, aunque aburrido, es una ocupación al fin y al cabo. Vale, lo más interesante que me pasa en toda la semana se reduce a cambiar el salvapantallas del ordenador, pero ahora hay unos chulísimos. No tengo pareja, y las que he tenido se han aburrido en seguida de mí; no obstante, a mis 43 años aún tengo la esperanza de que una mujer, que en mis sueños se dibuja como una ninfa rubia de largas piernas, se cuele en mi vida y se quede para siempre, Por qué no. Al menos tengo televisión y puedo ver el fútbol. Aunque mi colesterol es más alto de lo que debería ser, pienso que me bajará. Me gustaría tener más amigos, o, por lo menos, alguno, pero hablo con mis vecinos en el ascensor y raro es el mes que no viene alguien a convencerme de que me haga socio de alguna ONG o asociación ecologista. Sí, se puede decir que soy una persona bastante feliz, resolví. Y, con este agradable pensamiento, me quedé dormido.

Todas las historias pueden tener distintos finales; todo depende del punto de vista bajo el que las cosas se miren. Ésta, mi historia, podría tener varios. Por ejemplo, tres:

#### **El primero, el Final Feliz. Tópico.**

Me desperté al cabo de unas horas y empecé a pensar que mi casa tenía un deje aburrido que se me antojó deprimente. Allí hacía falta un cambio radical. Hacía demasiados años que habitaba ese pequeño apartamento y la última vez que cambié algo fue un cenicero adquirido en una tienda de “Todo a 100” al romperse aquél deslucido que versaba “ Recuerdo de Palma de Mallorca” y me acompañaba en tantas bocanadas nicotínicas que eran parte de mi día a día. Así que, con una vitalidad que raramente me asaltaba, me vi en Ikea pidiéndole a una joven dependienta que me asesorara materia de decoración de un piso de soltero.

Al terminar, advertí que el conjunto de mi salón tenía cierto estilo japonés, con su mesa bajita, sus cojines rojinegros y el pequeño biombo que aposté en una esquina y venía de regalo con el pack. Muy Zen todo. De pronto, me asaltó la idea de lo emocionante que sería conocer un destino como Japón y pasé toda la tarde fantaseando con aquel país oriental de leyendas, sus edificios con forma de caja de zapatos, esos rascacielos de 250 metros, los farolillos, las calles atestadas de gente... y yo, que siempre he sido una persona carente de inquietudes y curiosidades más allá de la pantalla de mi televisor, pensé que daría todo cuanto tenía-que no era mucho- por poder visitar ese país de ensueño y cultura harta diferente. Recordé que había visto un reportaje sobre tan curiosa tierra unos meses antes. "El país del origen del sol", significa la palabra "Japón" en lenguas orientales. Y me encontré imaginándome paseando por los mercados callejeros de Tokio, comiendo sentado en el suelo sin más instrumento que dos palillos y realizando excursiones al Monte Fuji con un bonsái en la mano.

Días más tarde, tras cuatro horas de interminable tedio laboral, el jefe me llamó a su despacho.

-*Señor Callahan*- No me llamo Callahan ni por asomo, mi apellido suena mucho más castizo e infinitamente no tan original, pero lo he visto en las películas y como este relato lo cuento yo, pues he decidido llamarme así. De hecho, en mi historia voy a llevar un traje Armani de ésos que superan los mil euros, el pelo engominado con la marca que anuncia Bisbal, un afeitado impecable (que conste que si no me afeito no es por falta de higiene, es que me pica la cara, lo juro) y unos zapatos de ante italianos – *Señor Callahan, hemos decidido prescindir de sus servicios...*

Salí de allí disgustado y afligido, aunque con una sensación liviana. Al menos, me quedaba una buena indemnización fruto de tantos años de servicio a la empresa. Al llegar a casa y abrir el buzón, escondido tímidamente entre tantas cartas de facturas y alguna que otra multa, se encontraba un folleto de publicidad anunciando la venta de *sushi* a domicilio. Fue el momento en el que tomé la decisión que cambiaría mi vida, y, de una manera bastante impulsiva, tres horas- de reloj- más tarde podía verse entre mis manos un billete a Japón con próxima fecha de salida y una reserva en un hotel, modesto pero con aspecto agradable, en la calle más ruidosa de Tokio.

El transcurso de mi aventura en los primeros días que pasé allí lo dejaré para otro relato. Sin embargo, fue aún mejor de lo que había imaginado. No tardé en aprender a comunicarme. Desempeñé todo tipo de trabajos, hasta establecerme en uno. Conocí a una guía turística de origen español, pero con exquisitos rasgos japoneses y me enamoré de ella y, lo que resulta aún más curioso, también ella de mí. No era una ninfa rubia en apariencia, pero sí en abstracto, pues uno puede diseñar en su imaginación la forma de un sueño para que luego tome su figura propia en la realidad.

Un lustro después, regresé a España dispuesto a vender mi viejo piso, pues se avecinaban cambios en mi vida y en la de mi esposa y habíamos decidido trasladarnos a la costa Mediterránea. Entre un fuerte olor a polvo y cerrado, vislumbré los avances de los últimos días que lo habité, los intentos desesperados de rediseñar el aspecto de mi casa, intentando reinventar mi vida. Me senté en aquel polvoriento sofá donde tantas horas había pasado y recordé aquel SMS enviado casi seis años atrás. Sigo sin creer en su influencia; sin embargo, hoy puedo decir que, aunque creía ser dichoso, nunca imaginé hasta qué punto podía llegar mi felicidad y, ahora que mi esposa traería al mundo un nuevo ser, me dio por pensar que nunca hay que conformarse con siete en una escala de diez, sino que hay que luchar por el cien por cien, pues nunca se sabe qué nuevo triunfo te esperará tras cada esquina.

### **El Segundo, el Final Trágico. Un clásico.**

Ese pequeño suceso del SMS, inexplicablemente, me hizo obsesionarme con la idea de qué era lo que tenía y hasta qué punto tenía lo que necesitaba.

Pasé la siguiente semana con una sensación de angustia que no conocía, o, en cualquier caso, tenía muy olvidada. Me miré al espejo y decidí que no era eso lo que quería ser. Me convencí de que mi ninfa nunca llegaría a mi vida, de que la falta de amigos no es sino una muestra clara como el cristal de mi difícil carácter, de mi introspección y mi absoluta falta de carisma. Empecé a ver mi viejo apartamento sombrío y cutre. Odiaba llegar a casa, pasar las horas sentado frente al televisor, sin esperar nada de la vida porque la vida ya, a mi edad, poco tenía que ofrecerme. Comencé a aborrecer mi aspecto, mi trabajo, donde las horas de hastío no pasaban. Cada vez que venía un chaval

ilusionado por lograr un socio más de su ONG, le cerraba la puerta en las narices; empecé a arrugar la nariz en el instante que algún vecino compartía un viaje en ascensor conmigo. La música me saturaba, la comida me henchía y me sabía a cartón seco, el tabaco me asqueaba, aunque no podía dejar de fumar de manera compulsiva.

Un día, el grado de mi obsesión llegó a unos límites imprevistos. De forma inexplicable, me dio por romper, uno por uno, todos los enseres y piezas de mobiliario que pacían tranquilos entre mis paredes y me habían acompañado tácitamente durante todos aquellos años. Un cenicero horroroso de Palma de Mallorca que despedacé en añicos, el sofá que con tanta ilusión me regalaron mis padres, ya fallecidos, cuando decidí embarcarme en la pesadilla de la hipoteca. Y la televisión. La arrojé, cual bárbaro, varias veces contra el suelo provocando un boquete en el parqué que costaría muchos euros reparar. Abrí la ventana y empecé a lanzar basura mientras aullaba, presa de una locura que no alcanzaba a comprender:

- *¡Quiero ser feliz! ¡¡Quieeee-rooo-serrr-feliiz!!*

No tardaron los vecinos en subir alarmados, la policía estaría aporreando la puerta de un momento a otro; un grupo de mirones apostados en la acera vislumbraban mi figura semidesnuda que arrojaba basura y destrozaba objetos sin tregua.

Cuando no quedó una sola pieza sin destruir, agarré el móvil y reenvié el SMS con la palabra FELIZ una y otra vez, de forma frenética, hasta que un mensajito me avisó de que mi saldo estaba agotado. Salí desbocado, dejando regueros de caras, habituales y desconocidas, tras de mí. Y mi locura y mis ojos empañados fueron partícipes de que no acertara a ver ese camión que cruzaba raudo la calle. Un frenazo, un crash, y desde entonces paso mis días en este hospital, consciente a ratos, tan triste que ni siento el dolor, sin nadie que venga a acompañarme y sin un póster descolorido en esta pared que me observa como con condolencia. Si pudiera hablar, pediría una televisión. Aunque fuera para ver los toros, y mira cuán los he odiado siempre.

Y es que una persona puede ser feliz y alegre, como yo lo era, un siete en una escala sobre diez, no está mal, no deja de ser un Notable. Bajo, peligrosamente cercano al Suficiente Alto, pero un Notable al fin y al cabo. Hasta que le meten en la cabeza que quizá no lo eres y ya se trastornan tus

sentidos. Todo en esta sociedad está creado para vivir en pareja, parece que si no tiene una relación, el ser humano no está completo. Ya ves tú por qué no, con lo feliz que era yo con mi hipoteca ya pagada y mi independencia. Seguro que, de haber llegado la ninfa, incluso aunque hubiera sido alta y rubia como en mis sueños, con los años se hubiera tornado rechoncha y llevaría una bata rosa y esas zapatillas de lunares feísimas que deberían estar prohibidas por la Constitución. Y no me dejaría ver el fútbol los domingos, y me diría que fumo mucho y que bebo demasiado, y que tomara el café sin azúcar y me obligaría a beberlo con sacarina que, por cierto, ¿por qué tiene un sabor tan desagradable?, se parece al del azúcar como un huevo a una castaña. Y mi trabajo era cómodo, aburrido, sí, es cierto, pero cuál no lo es. A las cinco de la tarde ya estaba en casa. A ver quién puede decir eso en un país como éste y en los tiempos que corren.

Bueno, cuando salga de aquí me replantearé de nuevo las cosas. Y empezaré a valorar lo que tengo. Cuando salga de aquí todo volverá a ser como antes. Cuando salga de aquí volveré a mi apacible y deliciosa tranquilidad.

Si es que salgo.

### **El Tercero, el Final Inconcluso. Recurrente.**

Un día más tarde del envío del SMS, tenía cita en la consulta del dentista. Tardaron siglos en atenderme. Además de que las revistas no las habían cambiado desde la última vez que fui- y, creedme, intento ir lo menos posible- había un niño pequeño de éstos que se divierten molestando a la clientela. No tengo nada en contra de los niños, pero es que no me digas que no es de mala fe estar golpeando con un martillo sonoro a un pobre hombre que sufre de horribles dolores de muelas; y encima tú, por aquello de cumplir con los patrones sociales, tienes que mirarlo con sonrisa estúpida y decir "qué rico" y, mientras, la madre, leyendo enfrascada una revista del corazón datada del verano pasado, que de vez en cuando suelta, con voz cansina "*Adrián, estate quieto, deja al señor*". Pero Adrián como si oyera llover y ahora me está dando en la rodilla con el martillito. Comprobando mis reflejos, supongo. ¿Inocencia infantil? Éste de inocente tiene lo que yo de cura, y no piso una

iglesia desde el año del Naranjito, y porque me invitaron a una boda, así que no te digo más...

Dos horas más tarde, con la sensación de que tengo el lado izquierdo de la cara del tamaño del autobús que, por cierto, ése era el mío y se acababa de ir, veo en la pantalla de mi, ya famoso a estas alturas del relato, Motorola ES400 que un número extraño me ha estado llamando de forma insistente. Diecisiete llamadas perdidas se me antojan un número un poco inflado para que alguien requiera mi persona. Y al final, un mensaje, "*Llámame con urgencia, tenemos qui hablar. Karen*" Tardo unos segundos en intuir quién es, hasta que su manera de escribir el castellano más el golpe de su nombre en mi confundida mente, me hacen caer en la cuenta de que se trata de aquella alemana rellenita a la que conocí una noche, hace unos meses, cuando, tras la cena de empresa anual, me presenté en una discoteca a seguir el proceso de embriaguez entre adolescentes con los cuellos de la camisa levantados. Proceso que, por otra parte, terminé con sobresaliente, porque recuerdo pocas cosas de tanto alcohol que ingerí. Eso sí, sé que la tal Karen pasó la noche en mi casa, aunque se fue antes de que yo dejara de roncar y, no sé por qué, tengo la sensación de que no con muy buen recuerdo, pues puedo acordarme entre penumbras efílicas de su cara redonda con gesto hosco y condenatorio. En algún momento de la noche debí darle mi número de teléfono. También recuerdo una voz aguda y un fuerte acento *guiiri*. A las tres horas, el recuerdo de Karen, Nina, Strinjen Strongen, Paca o cómo fuese su nombre, se había evaporado de mi mente resacosa y ávida de televisión para no volver nunca más, hasta ese momento que Karen me escribe con unas ganas locas de volver a verme, cosa que me intriga y me extraña a partes iguales. Igual resulta que, a pesar de la borrachera y la falta de práctica, di la talla y todo. Cosas más raras se han visto. Llego a casa, apago el móvil por si llama la alemana, pues no acierto a encontrar momento más inoportuno para charlar con una extranjera, y me pongo a ver la tele a la vez que escucho mi sonido preferido, que es el que produce una cerveza fresquita al abrirla, pues ya ha pasado el efecto de la anestesia y el dentista nunca me dijo que estuviera prohibido beber alcohol. Me gusta tanto ese sonido, que no tardo en repetirlo, y otra vez y otra.

De pronto, suena el timbre.

Raro, pero suena. Parece que este mes el chavalín de la ONG se ha adelantado. Cómo está el país en crisis. No sé yo para qué siguen viniendo, si yo los escucho pero nunca relleno nada.

Tras el quicio de la puerta, se encuentra Karen. No la recordaba así, es más joven que yo, pero ya no es una niña. Bajo sus ojos veo que debió ser dueña de una gran belleza, aunque hace tiempo. Es una versión un poco imperfecta de mi ninfa rubia, pero en fin. Si viene a por un favor sexual, se me viene a la cabeza que, con tanta cerveza, es probable que mi cuerpo no responda.

-Ey Kar...- Empiezo, con tono jocoso. No obstante, algo me detiene, una chispa en su mirada, de preocupación, miedo, esperanza, que no me gusta un pelo. Sus ojos, tan azules, miran en dirección a su ombligo. Imperceptible gesto, pero directo donde los haya. El mareo producido por tanto alcohol caído en un estómago sin alimento, de golpe, me da vueltas la cabeza. No es posible. No puede ser. Me cago en el SMS que mandé, me da por pensar, pero qué broma es esta. Me acuerdo del niño tocapelotas del dentista. Uf, qué calor hace. Esto no está pasando. Pero debe de ser que sí.

- *Estoy embarazada de seis meses ¿te harrás cargo del niño?*

**Itziar Matamoros García**

## SILENCIO

### (2º Premio de Narrativa "Marramblas y Farraguas")

Amanece. El silencio de la noche queda roto por el cacarear de los gallos del Barrio Abajo y del Barrio Arriba a los que se unen, como si de un coro se tratase, el cacareo de los del Barrio del Humilladero y del Barrio de las Lancheras, anunciando así el inicio de una nueva jornada.

Los fuelles soplan y resoplan como pulmones hinchidos de aire para despertar los rescoldos de la noche. Poco a poco las casas recién jalbegadas, porque dentro de nada llega "la función" en honor de la Virgen de las Angustias, comienzan a tener vida.

El pueblo se va despertando con el aroma del pan que proviene del horno, con el olor a heno recién empacado que sale de las cuadras, con el relinchar de caballos y rebuznos de burros que dan los buenos días a sus dueños cuando se sientan delante de las "moruchas" o de las "bragás" que mugen al notar esos dedos que con tanta destreza estrujan sus ubres. Con las voces de las mujeres que llaman a las gallinas: "pitas, pitas, pitas", mientras recogen los huevos de la última puesta y que servirán de desayuno junto con la leche, aún caliente, que acaba de ordeñar; y con las voces de los zagales y zagalas que gritan desde el corral: "Madre, ya he echado de comer a los cerdos", "dice padre que se dé usted prisa en preparar el desayuno, que se nos va a hacer tarde para salir con las cabras".

Sí, el pueblo ya está despierto pero ella apenas sí ha pegado ojo. Una de sus hembras, la que tiene cinco años, no ha parado de llorar en toda la noche. Se queja de fuertes dolores de barriga desde ayer por la mañana. No sabe cómo calmarla. ¡Está tan cansada! Este último embarazo, el noveno desde que se casó, no está siendo muy bueno. Está desesperada, tiene que amamantar a los tres más pequeños, preparar el almuerzo, ir al huerto, hacer jabón, lavar las sábanas que la niña vomitó... Apenas sí tuvo tiempo para dedicar a la niña ayer y durante la noche parece haber empeorado. Tiene miedo de que lo de la niña sea más que un poco de frío... y si su pequeña... no: no quiere ni pensarlo. Ya ha perdido a cuatro de sus vástagos antes de que cumplieran los dos años. No: otra vez no...

Ya no puede más. Desesperada, se sienta en una banqueta, tapa su rostro con sus manos y comienza a sollozar en silencio. ¿Qué puede hacer? En ese momento entra en la casa la partera del pueblo, esa mujer que ha ayudado a nacer a tantos niños y a la que el destino no ha querido darle la oportunidad de tener hijos propios.

Enjugándose las lágrimas con el mandil la afligida madre le cuenta lo que ocurre. La comadrona la mira. "Su pequeña está enferma". Desde el momento en el que cortó el cordón umbilical de esa niña, separándola así de su madre, quiso que fuese suya. Nunca había sentido tanto la necesidad de ser madre como ese día. Desde entonces la consideraba "su pequeña" y su afecto por ella era cada vez más fuerte, casi le dolía mirarla. Simplemente la quería como si fuese suya. Anhelaba tanto tener una hija... Y si... No, no puede hacerlo. Pero a lo mejor... No, no: la madre se va a negar.

"¿Quieres que me lleve a la chiquilla durante unos días y cuide de ella?". Ya está. Lo había dicho. "Tengo algunas hierbas en casa, le haré unas infusiones y unos emplastes. Además, yo tengo menos obligaciones que tú y así podrás descansar algo más". "¿Harías eso por mí?", responde la madre con ojos agradecidos, "no sé qué decir, la verdad es que sería bueno para las dos. Ella estaría más tranquila pero... tengo que hablarlo con mi hombre". Sí, sería bueno para ella pero... las dos mujeres suben al *doblar* donde está la habitación en la que descansa la pequeña. Dos colchones de lana tirados en el suelo, cubiertos por sendas mantas marrones, un orinal blanco de porcelana algo desconchado, una palangana y una jarra de agua y un enorme baúl de madera son los únicos enseres que tiene la estancia. La pequeña, extenuada, duerme. Su respiración es agitada. La matrona besa la frente empapada en sudor de la niña. Tiene fiebre. Mucha fiebre. Vacía la jarra de agua en la palangana y moja un paño. desnuda a la pequeña y cubre su diminuto cuerpo con el trapo mojado ordenando a la madre que traiga más trapos y agua fría. La chiquitina solloza, delira. La angustia se va apoderando de las dos mujeres. La fiebre no baja. Ambas comienzan a rezar.

El terror se apodera de la madre. Teme que su hija no sea capaz de soportarlo. Su cuerpo se ha paralizado. No puede moverse. Tiene miedo. No soporta la idea de perderla a ella también. Si la hubiese dedicado más

tiempo. Si la hubiese atendido desde el primer momento en que la pequeña se quejó. Si...Rompe a llorar.

La comadrona, sentada en el borde del jergón, cambia una y otra vez los paños húmedos del cuerpo de la pequeña. Ha perdido la noción del tiempo. No sabe desde qué hora lleva allí. Su cuerpo está entumecido. Siente pinchazos en las piernas, calambres en las manos. Acaricia la cabeza de la pequeña. Las horas van pasando lentamente. Al atardecer la muchachilla abre los ojos, sonrío y pregunta "¿qué hacen ustedes dos aquí?". Ambas mujeres la besan, la abrazan, ríen, se abrazan entre ellas y dan gracias a Dios y a la Virgen. La pequeña las mira. No entiende nada.

Después de estas angustiosas horas, madre lo tiene decidido. Sabe que padre lo entenderá. La pequeña necesita un lugar tranquilo para descansar, que la cuiden las veinticuatro horas. Está muy débil. La razón le dice que es su hija y es ella la que debe cuidarla, pero su corazón le dice que estará mejor con la partera. Visten y arropan con una manta a la niña. Las dos mujeres se miran. Se abrazan. Sus hombres están abajo esperándolas.

Padre sube a por la niña y se la entrega al marido de la matrona. Madre sabe que sólo serán unos días y que están a menos de cincuenta metros pero intuye que esta decisión las marcará para siempre: a su hija y a ella, a ella y a su hija.

Padre y madre salen a despedir a su hija. La besan en la frente. En brazos del marido de la matrona, hombre alto y fuerte, parece aún más diminuta e indefensa. La pequeña, con ojos somnolientos, murmura: "Padre. Madre". Padre, con los ojos empañados en lágrimas, le dice con voz ronca por la emoción: "Muchacha, sólo serán unos días, hasta que te recuperes y madre descanse un poco". Madre besa su manita y a pesar del enorme nudo que oprime su garganta consigue murmurar: "Perdóname, mi niña. Es por tu bien, mi niña. Te quiero, mi niña, con toda mi alma. No me olvides nunca."

La matrona sabe cómo se siente la madre... El alivio que siente al saber que su hija va a estar bien atendida no mitiga el dolor, ni el sentimiento de culpa, por la separación. Lo que madre no sabe es cómo se siente la matrona. Feliz. Feliz de tener una hija a la que cuidar. Aunque sólo sea por unos días. Sus plegarias han sido oídas.

Silencio.

Las palabras no pueden expresar los sentimientos, los pensamientos, los miedos, los temores de padre y madre ni los sentimientos, los pensamientos, la felicidad y la ternura de la matrona y su marido cuando llega el momento de la despedida.

Silencio.

Los tres se alejan lentamente. La pequeña, recostada en el regazo del hombre, levanta la cabeza y observa cómo sus padres, inmóviles en la puerta, aún cogidos de la mano, le dicen adiós. No entiende nada ¿Por qué se la llevan de casa? Madre parece muy triste. ¿Qué está pasando? En un intento desesperado para no separarse de sus padres extiende sus dos bracitos, pidiendo con ojos suplicantes que no la separen de ellos. Cada vez están más lejos. Las lágrimas brotan en sus ojos y rompe a llorar, en silencio...Madre, al ver a su hija extender sus brazos hacia ella, siente un enorme vacío en su corazón y el impulso irrefrenable de salir corriendo para llevarla nuevamente con ella. Su marido le da un suave apretón en la mano, besa su frente y dando media vuelta entran en casa cuando las tres figuras desaparecen de su vista. Madre rompe a llorar, en silencio...

Silencio.

La noche se cierne en Navarrevisca. En sus calles oscuras comienzan a bailar las sombras que proyectan las velas y lámparas de aceite, a través de los ventanucos de las casas. Los pucheros, sobre los trébedes, inundan el pueblo de aromas a guisos, caldos y patatas anunciando la hora de la cena, el final de una dura jornada.

Silencio.

Los lobos aúllan, a lo lejos, en las montañas.

**Begoña Burgos Muñoz**

## GOTAS

### (3º Premio de Narrativa “Marramblas y Farraguas”)

Lenta, la primera gota de sudor comenzaba a chorrearle por la frente. Poco a poco, avanzaba hacia la ceja en minúsculos zigzags. Ahora notaba otra que bajaba por la espalda. Una más por el cuello, y por el pecho una nueva. Lentamente. Cerraba los ojos y podía percibir, gota a gota, cómo nacían de cada poro. Se concentraba para sentir por encima de la piel el camino que trazaba cada una de ellas. No quería secárselas. Para él, el sudor era el síntoma del trabajo bien hecho y del esfuerzo realizado para completar su tarea. El caluroso día de verano, el aumento de su temperatura corporal y la intensa actividad realizada con el azaón, el rastrillo y la horca para preparar la tierra para la siembra de patatas, eran la causa de la aparición de este abundante sudor, que intentaba disipar el calor procedente de su organismo. Al lado, una botella de agua que le hidrataba cada quince minutos. Sabía del tema. Como también sabía muchas más cosas más allá de la labor que estaba realizando como agricultor, ya que esa no era su verdadera profesión. En ese momento sí, pero de forma temporal, por unas días. Aunque, sus conocimientos eran tan reducidos que no sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Estaba cansado. La “*chorrera*”, el huerto familiar compartido por la familia de su madre, representaba un reto para él. Nunca había trabajado allí, pero sí que había visto trabajar a muchas personas de su familia con dedicación y alegría en aquella tierra, muy fértil, que proporcionaba después hortalizas en abundancia. Una de esas personas era su tío Pepe, quien lo acompañaba en esa calurosa mañana de trabajo. Para él, ese huerto había sido uno como otro cualquiera, pequeño, con un acceso difícil y algo incómodo para trabajar en él, sin ningún cariño especial. Se llegaba hasta allí por un estrecho camino de tierra y piedras, cuyos márgenes estaban ocupados por zarzas y matorrales que hacían difícil el que una persona mayor lo recorriera por sí sola. Cuando uno se encontraba en la entrada del huerto, debía atravesar un último obstáculo antes de poder pisar la tierra de la *chorrera*. Una poza con un agua muy oscura se interponía entre el final del camino de tierra y la entrada, de modo que había que subirse a uno de los

muros laterales de la poza y con mucho cuidado, por una estrechísima vereda, de no más de lo que ocupan dos pies juntos, recorrer los metros que separaban el camino de la entrada. Un mal paso o un desequilibrio podrían provocar caer al agua, y como él pensaba desde pequeño, a saber qué es lo que se podría encontrar uno en ese medio acuático, tenebroso e inexplorado.

Aun así, su familia había aprovechado esa tierra durante décadas y había producido sus buenas judías, tomates, cebollas, patatas...sin preocuparse por las dificultades que pudiera haber a la hora de desplazarse y a la hora de trabajar. Porque en la *chorrera* no hay ningún pilón cercano para poder beber agua, el sol es un enemigo continuo durante casi todo el día y, además, está un poco alejado del núcleo urbano, que si uno se lastimaba o tenía algún percance no resultaba fácil que acudieran en su ayuda. A pesar de todo, su familia siempre prefirió este lugar a cualquier otro.

La mañana se consumía y con la llegada del mediodía el sol atacaba cada vez con más fuerza. Volvió a cerrar los ojos y notó cómo una nueva gota de sudor descendía por la mejilla hasta la mandíbula, para desde ahí saltar al vacío. Abrió los ojos y contempló el trabajo realizado en esa mañana entre Pepe y él. Habían arrancado las malas hierbas y habían preparado el terreno para sembrar patatas, pero esa sería la faena para otro día. Dejó el rastrillo y los guantes en un lateral y avisó a su tío de que se iban a casa. Como se esperaba, la respuesta de éste fue de queja e inconformismo, pero, aun así, dejó de cavar, dejó su rastrillo en el mismo lugar donde lo había dejado su sobrino y se adelantó en el camino de vuelta a casa. No se esperaba menos de él, la *chorrera* siempre había representado su lugar de trabajo, su segunda casa, y, por otro lado, había sido educado en el trabajo de campo como un medio de supervivencia, pero ya tenía una edad y sorprendía su aguante.

Con la camiseta aún húmeda, emprendió el camino de vuelta a casa. Estornudó. Ya hacía tres días que se había desplazado a Navarrevisca, su pueblo, a pasar unas merecidas vacaciones de verano junto a su mujer. Días antes de viajar a la localidad abulense, recibió una llamada de su madre. *“Hijo, tu padre y yo nos vamos del pueblo unos días a visitar a tu hermano. Podrías hacernos el favor de cuidar de la chorrera. También, podrías trabajar allí alguna mañana. Sé que eres inexperto en el tema, pero sólo te pido que arranques las malas hierbas y prepares el huerto para sembrar unas patatillas.*

*Por último, pasa por Ávila y recoge a tu tío Pepe. Ya sabes que él no os dará ningún problema. Cuida de él hasta que volvamos. Recuerdos a Carla. Gracias hijo. Un beso*" Y así hizo. Junto a su mujer, recogieron a su tío en Ávila, se instalaron en la casa de su abuela María y madre de Pepe, y por las mañanas, él junto a su tío, intentaron hacer algo de provecho en el huerto. Mientras, su mujer, Carla, se quedaba en casa trabajando en su tesis doctoral sobre el "Juego motor tradicional".

Llamó a Pepe. Éste apareció con un puñado de ramas en la mano. Aún tenía ganas de trabajar. La parada en el pilón les sentó de maravilla, después de haber llegado a la plaza por la cuesta de tío Benido. Bebieron agua y se refrescaron. Él saludó a varios amigos de la infancia y tras una breve conversación, retomó el camino a casa, seguido de su tío, atravesando una plaza llena de vida y juventud.

Nada más abrir la puerta de la casa y atravesar el pasillo que da al comedor, vio a Carla que estaba colocando unos libros en la estantería del mueble. De puntillas, estiraba los brazos todo lo que podía para llegar a la parte superior del mueble. Justo con dos dedos apartaba un marco que contenía una foto de los abuelos de él, para depositar el libro con la otra mano en el extremo superior izquierdo. Él observó la imagen de sus abuelos, María y José, y un breve recuerdo de ellos le vino a la mente. Se quedó hipnotizado y en blanco, con la mirada perdida en el marco de esa fotografía. Carla, concentrada en el esfuerzo, no le había oído entrar. *"Hola, cariño, no te había oído entrar, ¿cómo ha ido el huerto? Ven, ayúdame a colocar estos libros encima del mueble, que ya sabes que a Pepe le gusta jugar con ellos."* No contestó. Continuó quieto. *"Amor, ¿te encuentras bien? Oye, ¿no me escuchas?"*

Volvió en sí y desvió su mirada a los otros marcos que se encontraban en el otro extremo del mueble. Fotografías que mostraban la boda de sus padres, la boda de sus tíos, la comunión de su hermano, su comunión, sus primas hermanas y observó que había un marco vacío, sin foto alguna. Se acercó y la cogió con sus manos. Se acercó a la ventana y llenó la mirada del cielo sin nubes que reflejaba el cristal del marco. Esta vez habló. Sin dejar de mirar el objeto que tenía en sus manos, pronunció unas palabras. *"Carla, tengo 38 años, y nunca en mi vida había trabajado en un huerto. En estos días que*

*llevamos aquí, he ocupado las mañanas en la chorrera intentando adivinar por qué ese terreno era tan especial y por qué mi madre me había mandado trabajar en ella, sabiendo que no tengo conocimientos sobre ello. Creo que sé por qué. Seguramente, mis abuelos empezaron a sembrar en él porque era el que poseía mejor tierra y por necesidad, debían alimentar a sus familias como fuese. A lo largo del tiempo ésa era la función de la chorrera, pero cuando mi abuelo enfermó y, más adelante, murió, la cosa cambió. Mi abuela pasó mucho tiempo con él y cuando faltó, ella se sintió sola, pero no se olvidó de él. Era en la chorrera donde sentía con más fuerza que estaba a su lado. Cuando trabajaba en ese huerto, ella volvía a sentir que trabajaba con José, aunque él, en verdad, no estaba allí. Ella inculcó a sus hijas y a su hijo que la chorrera había sido la fuente de alimentos de la familia durante décadas y así perduraría en el tiempo, si los descendientes la cuidaban. Pero, en realidad, el objetivo de mi abuela era que nos diéramos cuenta de que ese huerto no era más que una fuente de recuerdos. Un lugar donde recordar a los familiares más queridos. Porque siempre que nos acordamos de ese pedazo de tierra, nos acordamos de algún ser querido que trabajó en ella. Me he dado cuenta de que cuando entro allí lo primero que se me viene a la mente son mis abuelos, mis padres y, sobre todo, Pepe. Ellos son los que la han conservado durante décadas. Ellos han cuidado la chorrera y la chorrera los recordará a ellos. Posiblemente, por eso, mi madre quiso que me diera cuenta de ello y que, por lo menos, añorara ese lugar como lo ha añorado mi familia, a lo largo de muchos años. Ahora entiendo por qué mi abuela María siempre se acordaba tanto de la `chorrera`."*

Se hizo el silencio. Pepe entró en el comedor con una manzana en la mano y se sentó en una silla. Carla lo observó y sonrió. Cogió el marco vacío de las manos de él y lo dejó encima de la mesa. Lo abrazó y le habló. "Pues tendré que venirme a ejercer de agricultora contigo. Yo también quiero formar parte de ese recuerdo. Este marco vacío será para nosotros." Él sonrió. Cerró los ojos y notó cómo una nueva gota descendía de sus ojos hacia la punta de su nariz. Esta vez no era sudor. Era una lágrima.

*En memoria de mi abuela María*

**Marcos Hernández Hernández**

## PUES TÚ VERÁS

Pues mira, Eusebio, ya que me preguntas, te lo voy a contar, ea. Ya son muchos años intentando ganar el «Marramblas y Farraguas» ese, que, por cierto, vaya nombrecito, que me he dejado la vida para poder decirlo así, de corrido: *marramblasyfarraguas*. Pero claro, para alguien que ansía algo tanto como yo, lo primero es saber decirlo, horas ante el espejo: horas, palabrita del Señor. Y claro, todo el pueblo riéndose de uno, que como en Navarrevisca todos son muy listos, excepto aquí un servidor, a reírse del tonto, qué se le va a hacer. Porque otra cosa no, de agradecer lo bien hecho, nada de nada, pero para soltar la lengua a pasear y criticar hasta al más santo, todos estamos al pie del cañón.

En fin, que desde que se anunció el primer certamen del dichoso concurso, no he fallado ni una sola vez para presentar algún escrito, que bien sabe Dios lo que me cuesta coger el ritmillo y ponerme a escribir, que me planto una cuartilla y un bolígrafo delante y hasta que no brotan las palabras no me muevo, ni para aliviar la vejiga, te lo juro. Y luego cuando entrego el sobre, todos riéndose de uno, que si el Antonio es un iluso, que si el Antonio es un cateto, que si el Antonio es un iletrado, que si patatín, que si patatán.

Y yo estudios no tengo, para qué nos vamos a engañar, pero cuando me siento en el trono, bien sabe el Señor que leo lo que me caiga en las manos durante largo rato, que seguro que nadie del pueblo conoce tan bien como uno los componentes del champú ese de flores que venden en el súper; que por cierto, de flores, nanay, todo sea dicho.

Y que digo yo que está más que justificado lo que he hecho este año para intentar ganar el concurso, aunque nadie lo entienda, pero para eso estoy aquí: para darte cada detalle de lo que los listillos del pueblo tanto largan sin tener idea. Y te puedo jurar y perjurar que si alguien ha sufrido aquí, ha sido un servidor, que ni cuarenta inviernos de huertos dan para tanto martirio, palabra santiguada.

Yo te lo cuento por si te interesa, porque sé de buena mano que hay mucha gente que me menta, panda de cotillas; y no con buena fe, eso seguro. Lo primero que he de decir es que los sueños de un hombre no temen camino oscuro, que los medios para conseguir algo pueden ser durísimos, pero

un buen fin empuja hasta al más flojeras. Y mira, Eusebio, es muy difícil querer hacer algo, que yo estudios no tendré, que tú bien lo sabes, pero tengo ganas e ilusión, de eso me sobra mucho. Y te aseguro que es más difícil todavía cuando la gente habla de lo tonto que es el Antonio, que imagínate que dijieran por ahí que al Use el de tía Brígida le falta un hervor, pues te apañaría, Eusebio, ¿a que sí? Que no me lo puedes negar.

Chuchi, ¡otros dos vinitos por aquí!

Bueno, pues todos sabemos quién es el que parte el bacalao en esto del concurso, no vamos a decir nombres ahora, que luego le tachan a uno de lo que no es y luego aquí todo el mundo tira la piedra y esconde la mano. Pues, hijo, yo ahí fui, con toda mi buena intención a entregar el sobrecito del concurso y le ofrecí al zagal este, al mandamás, toda mi ayuda para lo que quisiera, que es verdad que no era del todo desinteresado, pero son muchos años intentando ganar el concurso y a veces hay que tomar otra vía para dar un empujoncito, ¿o no?

En fin, que al principio no quería nada, me dijo, pero luego bien que me pedía que fuera a ayudarle al huerto, que le limpiara los gorrinos, que les pusiera de comer a los perros, que le cortara la leña y que... que... que muchas cosas, Eusebio, que no sabes qué trajín, siempre *parriba* y *pabajo*.

Pero luego nada, que yo veía que no iba a recoger frutos de todo eso y, mira, yo siempre he pensado que los intelectuales no sólo gastan pluma para escribir, no sé si me entiendes, que tanta poesía y tanto sentimiento es porque hay más plumas por ahí, a ver si me explico. Que yo dije, de tripas corazón, que yo lo que siempre he querido es ganar el concursito y que uno no se ha casado por no encontrar a una moza que lo aguante, pero que a mí lo que me gusta es la carne, que de eso no quede duda, que luego la gente habla mucho, pero de su propia vida no habla ni el tato, que no es por falta de cuadrillas de marujas aquí en el pueblo, ¿eh? Eso seguro.

Y por si quieres saberlo, Eusebio, es verdad lo que dicen, eso no te lo voy a negar, que yo a lo hecho, pecho, eso siempre ha sido así. Y mira, te lo voy a contar para que lo sepas de primera mano, que luego los rumores son muy malos y de la verdad no queda ni pizca. Pues que estábamos en su establo, ahí arreglando los caballos y se puso a limpiar el suelo, así *agachao* con un cepillo y yo me dije: «ésta es la mía»; y me hinché de valor y tiré *palante*, con

un par, a la tarea de los altos intelectuales, que le bajé los pantalones de un tirón y atiné a la primera, hijo, que ni aposta, te lo juro. Pues no sabes la coz que me calzó, que me dejó *atontao* un buen rato y agarró una hoz que tenía por allí a mano y no me mató de milagro, porque justo apareció su mujer, que no sabes qué vergüenza, yo ahí con todo el mondongo fuera y el otro con los pantalones por los tobillos. Y porque la mujer tuvo buen temple y tranquilizó al maromo, que si no me mata, te lo juro.

¿Pues te puedes creer que no he ganado el concurso? Después de todo lo que he hecho por él, que yo sé que los intelectuales son todos sarasas, que me da igual lo de la tapadera de estar casado, que sé que se ofuscó porque lo pillé desprevenido, pues tú verás, que seguro que voy de segundas y ni rechista; que los intelectuales, como cortados por el mismo patrón, que lo sé de buena tinta.

Y no sé por qué me da en la nariz que el año que viene no va a haber muy buen ambiente en lo del concurso y creo que no me voy a presentar, aunque tengo una idea buenísima, pero mejor dejar un añito. Así, como de barbecho.

**Patricia Martín Rivas**

## RAMA VERDE

Por enseñar esta vez, de la mano del paraguas y la forma de alfiler, un cielo imposible de ver, un paisaje para los ojos cerrados, una habitación con lumbre y con mujer. La despedida corta de las hojas caídas de peso y de los días apenas crecidos que en su huida vuelan por no verse otra vez.

Por un camino de lápiz hecho con el rabo la lagartija, quedan flores y abeja arriba con una nube, que no se borra, como en el cristal un beso por más que se quiera. Y en ese roto pequeño, valiente y corto de fuerzas, mancha que desafía, estamos.

No aguanto la nieve en la dentadura fría ni fue flor para el ciruelo. Pero fue firme, fuente, propia corriente y sonrisa. Siempre de vueltas a rueda como buscar un río con nombre de hembra. Todo cuanto hicimos trabajo, desde el rojo a la sangre, los infinitos soles redondeados, el surco siempre a mi lado, fue para abrir casas y pueblos, donde quemar la ceniza hasta hacerla madera, más unida al verde que creciera.

Esquina de mis brazos, sombra y ortiga, soporte para el arado, sombrero para la copa donde toca la lengua levanto pronto el día. Aunque no fuimos más que uno, que no llegamos a ciempiés ni a tiempo o se nos murió la tarde. Pero con estas manos y las de coser siempre se escribió para que llegara, unas veces letras otras hormigas pero palabras.

Del suelo a los hombros, luego un burro en el tejado hasta que caímos y fue por una manga. Y al buscar no pusieron ojos y pisaron. Ni entramos ni encontrados. Pero desde hace tiempo y yo era pequeño, después de aprender vuelo y la parte de dos más que nunca, nos pusimos vecino y al lado. Y somos cerca de poco, de pueblo, de pobre, y de pequeño.

Lo que no golpea el aire una llama lenta como pequeña en la simetría de ligera aguarda entre estas manos que no aprietan. Entendemos el dolor, el amor y la nostalgia y no se enmudece nuestro silencio en alargada o en ninguna sombra. No es más de lo que somos. Sin describir otro círculo ni viajar a un sitio que no queremos decimos en esta voz limpia como cristal de agua que apoyamos la lucha y la enseñanza, que será nuestra cara para dibujar en esta pena otra sonrisa la más amable y estremecida. Vamos y seguimos y no es el viaje el que importa sino el marchar y lo hacemos en letra gruesa y saliva, más

allá de toda conciencia, distancia o cerca, no es ésta una vuelta vana ni hueca. Y al rozarnos y escuchar latir o simple respiración sea el corazón otra misma nota, otra nube que traiga un sol espléndido o sino en su despiste que no sea de brazos caídos o la tentación de la huida triste o el abandono del cartón.

No es un grito desmayado fuera de aire ni un cuerpo pelado de colchón sino el atardecer de uva tinta y calor. En este impulso de sangre, rojo entero y colección, se oye aquí la vida y se corre al alcanzarla.

Todo cuanto somos y decidimos ser, voz suave, ave ligera, huerta, arroyo de cristal, espacio en flor, delicada semilla, cielo abigarrado, verde completo de hierba, espuma de tejado, sol redondeado y pueblo.

La corta distancia de ser contento, el alcance inmediato del abrazo. De ser más pronto que las estrellas antes de ser lanzadas. Y para nuestro recuerdo quedaron las lágrimas como presente de los ojos y la rabia. Recorrió nuestro cuerpo la sangre, fue parte no visible, y queriendo ser agua, resbalaba. No péndulo ni creció en horas de calor, firme balcón por si maduraba.

Simplemente fue, testigo más bien sólo, pero nuestro, como siempre y como todo.

Y quieren que seamos habitación vacía, ridículo y ojos cerrados, casi nuca, aprender sin pregunta para caer en la lección del soldado. A la escuela de momia y de miedo para que no quede nada ni espejismos de agua. Como ser idiota e impermeable. El camino hacia nadie, el agujero con pozo y con disparo.

Sigo luchando, en el desnudo, el pretérito la misma noche antes de ser oscura.

**Eduardo Perote Arranz**

## UN NOMBRE COMO OTRO CUALQUIERA

Es curioso que un pequeño pueblo abulense se llame Navarrevisca. ¿Por qué Navarrevisca? El nombre se remonta a tiempos muy, muy pasados. Todo ocurrió una noche, en la taberna del pueblo.

Yo estaba sentado en el último taburete que había en la barra. Entre mis brazos, apoyados sobre la barra, yacía un chato de vino. Estaba esperando a mis amigos. Había mucho jaleo y la taberna estaba cubierta por una gran nube de humo.

Por fin llegaron. El grupo entró encabezado por tío Rigoberto. Éste apareció con sus botas de segarra, sus pies siempre enfundados en unos buenos calcetines de lana tejidos por su buena esposa, tía Teresa. También llevaba sus inconfundibles pantalones verdes de pana y su camisa a cuadros verdes y blancos. Su mano izquierda poseía una garrota que él mismo se había tallado para poder andar con mayor soltura. Me saludó a lo lejos y me indicó con un leve movimiento de cabeza hacia el lado izquierdo que nos sentaríamos en la mesa coja del fondo. Yo fui el primero en sentarme. Pronto llegó a la mesa tío Eustaquio. Impaciente, comencé hablando y las primeras palabras que pronuncié fueron:

- El nombre de nuestro pueblo no tiene que llamar mucho la atención, tiene que ser bonito...

Tío Eustaquio me interrumpió diciendo:

- ¡Pues entonces tiene que empezar por NAVA!

Tío Gertrudis, asombrado, dijo:

- ¡Anda!, ¿y eso por qué?

Tío Eustaquio no dudó ni un segundo y sin ningún titubeo respondió:

- Mira, Gertrudis. Sotero ha dicho que no debe llamar mucho la atención y la mejor manera para no hacerlo es comenzar como ellos, por NAVA, como Navaluenga, Navalosa, Navalmoral...

Todos se pusieron muy contentos porque enseguida encontraron el comienzo del nombre NAVA. Llevaban un rato pensando y pensando, pero nadie tenía ninguna idea, así que tío Gertrudis decidió dirigirse a los aseos. Antes de entrar en ellos, vio cómo Julito salía de la taberna haciendo eses. Esto no le sorprendió. La verdad es que ocurría con bastante frecuencia, pero, de pronto, algo le vino a la cabeza, una idea corrió hacia la mesa gritando "¡las rectas!, ¡las rectas!". Lo miramos asustados pensando que se había vuelto loco. Tío Gertrudis se sentó, bebió un trago de vino y dijo:

- No hay nada más comentado en nuestro pueblo por los forasteros que las curvas. Todo individuo que llega al pueblo por primera vez tarde o temprano acaba diciendo "¡vaya con las curvas!".

Todos asentimos al unísono. Yo añadí que sería mejor que apareciera de forma irónica y como tío Gertrudis gritó “¡las rectas!”, propuse el nombre de *navarrectas*.

Pero no nos convencía y decidimos seguir pensando y quedarnos con NAVARRE. Decidimos continuar por cosas típicas del pueblo y tío Rigoberto añadió de repente:

- Algo que también deja asombrado a los forasteros son las montañas, la garganta, los campos nevados.
- Es que nuestro pueblo tiene unas grandes vistas – agregué, a lo que Rigoberto respondió exaltado:
- ¡Ya tenemos nombre: NAVARREVISTAS!

Tío Gertrudis, que estaba en la barra pidiendo cuatro chatos de vino, se dio la vuelta y contestó:

- ¡Cómo que Navarrevistas! ¡De eso nada! Con ese nombre vamos a ser los más horteras de todo el Valle del Alberche. Este nombre hay que rematarlo, así que busquemos un fin para NAVARREVIS.

Hicimos caso a tío Gertrudis, pegamos un trago al chato y seguimos a lo nuestro. Ninguna de nuestras sugerencias conseguía nuestra unanimidad hasta que mi nieto llegó a la mesa y me dijo:

- Abuelo, vengo de en “cá” tía Pepi y dice que mañana tiene que ir usted en “cá” Mari a por el pan porque ella tiene que ir temprano al huerto.

En mi boca se originó una sonrisilla que acabó en euforia. Finalmente dije:

- ¡Ya tengo el remate final! ¡Ya tenemos el nombre perfecto!: ¡cá!
- “¿Cá?”- preguntaron todos.
- Sí: “cá”. Toda la gente de este pueblo, cuando preguntas “¿dónde vas?” o “¿de dónde vienes?” te responde con “vengo de cá” o voy “en cá” y qué mejor forma de terminar que con una seña de identidad.

Todos me miraban perplejos, con pavor y a la vez con ilusión, tras unos segundos de duda pronuncié con miedo:

- NAVA - RRE – VIS – CA... ¡Anda! Pues sí suena bien – y volví a exclamar un rotundo NAVARREVISCA.

Satisfechos porque nuestro pueblo ya tenía nombre, nos acabamos el vino, abandonamos la taberna y decretamos que mañana temprano se lo comunicaríamos a los habitantes del pueblo, es decir, a los navarrevisqueños.

## **CÓMO PIENSAN LAS PERSONAS DE OTRAS A PRIMERA VISTA**

Ésta es la historia de cómo piensan las jóvenes, niños y demás gente. Era un verano de éstos que hace calor en un pueblo muy hospitalario lleno de buena gente. Al principio del verano llegó a la plaza del pueblo un niño de nueve años. Se llamaba Jose. Al bajar del coche un grupo de niños vieron algo raro en ese chico pues vestía y peinaba de forma diferente a la de ellos. Pasó los primeros días con sus padres sin separarse de éstos pero un día un niño del grupo se acercó para interesarse por él y decirle que si quería unirse a sus amigos pero éste, tímido porque no conocía a nadie, no aceptó. Al día siguiente el chico volvió a Jose para convencerlo de que se fuera con ellos y finalmente este aceptó. Los dos amigos fueron donde estaban los demás y se lo presentó a todos. Los primeros días no hablaba mucho pues no tenía confianza en ellos, los chicos pensaban que era un chico de pocas palabras pero con el paso de los días Jose se fue soltando hasta tener confianza con ellos y los chicos pudieron comprobar que era muy amable, gracioso y de vez en cuando tenía deslices. Fue el principio de una gran amistad que no creían que fuese a ser así pues tenían una imagen distinta a lo que en realidad era él.

Mas entrado el verano apareció otro chico. Él se llamaba Pedro. Llegó con unas maletas grandes, por lo que el grupo de chicos pensó que se quedaría todo el verano. El comienzo del campeonato del pueblo daba comienzo en los dos próximos días y en el grupo de amigos eran solo seis jugadores y creyeron que eran pocos para formar un equipo. Entonces se pusieron a buscar a un séptimo jugador pero no encontraron a ninguno, pero hubo uno al que no preguntaron por cómo andaba y las gafas que usaba. Sin embargo, un chico se acercó y le pregunto que si le gustaba el futbol y si no le importaba jugar con ellos, que les faltaba un jugador. Pedro aceptó sin pensárselo dos veces, el equipo estaba completado entonces. Al día siguiente debutaron en el campeonato y Pedro empezó en el banquillo pues no lo conocían y por no sabían como jugaba, pero llegó su momento de demostrar su juego. En el minuto once entró y desde entonces no salió del terreno de juego pues revolucionó el partido. Entró con un 3-1 en contra y su equipo remontó hasta acabar ganando el partido por 4-5. El grupo no daba crédito a lo que había visto.

Así que siempre que veas a alguien no juzgues por lo que pueda parecer, vestir, andar... sin conocerlo antes.

**Christian Hernanz Redondo**

## CINCO DE OROS

Iban caminando. Tras ellos quedaban las ruinas de la vieja fábrica de lanas y el Pontón, un lugar tranquilo en donde muchas veces, después de una caminata, metían los pies en el agua fría y limpia que corría por su cauce y, al mismo tiempo, escuchaban el soniquete del mugir de las vacas, que en algún prado cercano esperaban que les dieran de comer y les aliviaran sus ubres llenas de leche.

Sus pasos apenas se oían, sólo el ruido del bastón que llevaba el hombre rompía el extraño silencio.

Como si fuera un relámpago, la mujer recordó todos los años vividos, desde que llegaron a NAVARREVISCA. ¡Navarrevisca! Vaya nombre para un pueblo. Llegaron por casualidad, pero según pasaba el tiempo les fue gustando y sobre todo los niños se lo pasaban muy bien en el verano. También durante los inviernos iban muchas veces y de alguna manera se fueron integrando con la gente que vivía allí. Encontraron buenos amigos y los niños también lo hicieron. El pueblo apenas tenía nada, pero sus paisajes, el agua de la garganta y sobre todo sus gentes consiguieron que fueran pasando los años y se consideraran como uno más entre ellos.

Se levantaron. Ya se oían los ruidos de la plaza. ¡Ay, la plaza! La plaza siempre fue testigo de todos los actos más importantes del pueblo, desde la celebración de las fiestas, los actos religiosos, políticos, hasta las despedidas a los muertos.

En la plaza, los hombres jugaban a las cartas, las mujeres sentadas en los bancos vigilaban a los niños que jugaban a la pelota y con las bicis. Tenía un empedrado duro, muchas veces los niños se dejaron en él más de un raspón en sus rodillas y también los mayores besaron alguna vez el suelo. Sus hijos y sus nietos también lo hicieron. Incluso ella misma se atrevió a saltar, bailar y por descontando, también besó el suelo.

Ya habían llegado. Algunos niños jugaban y corrían. Había sólo un banco vacío.

- ¿Tardarán en llegar?
- No lo creo, la niña juega todavía.
- ¿Ya no volveremos?

- No lo sé, pero seguro que algún día tendremos la ocasión de venir.

Ella lo miró. Dudaba. Entonces le dijo:

- ¡Fíjate cómo está la plaza de cambiada!

Él se dio cuenta de que aquello era cierto. El suelo de la plaza tenía ahora grandes placas de dos colores, y unas filigranas estaban en las entradas de los bares y las casas. La farola del centro de la plaza era ahora una columna que llevaba unos grandes faroles. Sólo el hueco del hoyo de los quintos permanecía en su sitio, incluso el viejo bar del Tropezón era una oficina de turismo y las escuelas eran la Biblioteca y un salón social.

- ¡Mira! ¡Viene la niña!

La niña era la hija de su nieta. Había pasado allí todo el verano. Sus padres le habían dejado pasar allí todas las vacaciones, pero al año siguiente querían mandarla fuera, de campamento al extranjero, y éste era otro de los motivos por los que dejarían de ir al pueblo.

- Abuelo, ¿me puedo quedar un rato más? Yo no quiero irme, mis amigas se quedan.
- Pero cariño, dentro de unos días tienes que volver al colegio...
- Sí, pero tú, abuelo, tienes que quedarte unos días más porque tienes que jugar otra partida al juego de la moneda dorada.

Se echaron a reír. La moneda dorada. El TRUCO. Durante aquel verano, el hombre había jugado muchas veces, pero solamente con los más viejos, como él...

- Mira...

La niña echó a correr de nuevo hacia sus amigas.

La mujer, al mismo tiempo que miraba a la niña, le recordaba a su hija y a su nieta. Ellas pasaron en el pueblo su infancia y juventud y ellos al mismo tiempo vivieron desde el principio de su llegada todos los cambios de Navarrevisca. Desde las primeras orquestas que llegaron hasta los enormes trailers de música para las fiestas, los carnavales, incluso hasta las hogueras que se hacían en Nochevieja para no pasar frío mientras comían las uvas.

La niña se acercó a ellos de nuevo.

- ¿Sabéis una cosa? Que el año que viene voy a formar parte de una peña, como las que había antes, cuando mamá era pequeña. Un

señor mayor nos ha dicho que cuando él era joven había muchas y de niños. Le he dado nuestro teléfono. Mirad: es aquel señor.

¡Vaya! Era Jesús. De joven era uno de los más alegres y partícipes de las fiestas. Unos días antes dijo que le gustaría que el pueblo volviera a tener la alegría de aquellos tiempos cuando toda la familia pasaba allí las vacaciones y los más jóvenes organizaban juegos, carreras... Incluso se celebraron concursos literarios, pero los jóvenes se hicieron mayores, tuvieron hijos y empezó a cambiar todo. Sólo había una cosa que todavía seguía estando vigente: el amor a la Virgen del pueblo.

Los gritos de la niña pararon sus pensamientos.

- ¡Ya viene mi mamá!

Se levantaron. Miraron a su nieta. La madre les dijo:

- He dejado el coche junto a la iglesia. Podemos ir hasta allí andando.

Al llegar a la iglesia, la mujer vio que estaba abierta y pasó un momento.

- Mamá. ¿Puedo pasar yo también?

No esperó la respuesta de su madre y entró. Al ver a la mujer arrodillada le dijo:

- ¿Qué haces?

- Mira, cuando tu madre era como tú veníamos a pedirle a la Virgen que la cuidara y

- Si yo le pido algo, ¿me lo concederá?

- Tal vez.

La niña se arrodilló junto a la mujer y después salió de la iglesia. La mujer le dijo una vez fuera:

- ¿Qué le pediste a la Virgen?

- Nada. Volver al año que viene. Hacer una peña. Y pasármelo muy bien.

El hombre, que escuchó las palabras, se echó a reír y dijo a su mujer:

- Parece que la Soberanita tiene una carta con un cinco de oros debajo de la manga. SIEMPRE GANA.

## Y MURIÓ DE PIE

— Hijo, recuerda esta frase toda tu vida, nunca olvides quién eres y de dónde vienes.— Este discurso de su padre sería crucial en el desarrollo de la vida de Adolfo.

Adolfo vivía en un pueblo cualquiera de una región cualquiera de un país cualquiera de un continente cualquiera. Su infancia y adolescencia no difería en nada de la de cualquier otro muchacho, salvo que era bastante rebelde e hizo varias travesuras a lo largo de los años. Pasaba las mañanas formándose para ser un hombre de provecho en el futuro, tal y como decía su padre, y las tardes ayudando en las tareas domésticas, cumpliendo con sus obligaciones de cuidar el ganado y jugando eternos partidos de fútbol con sus amigos, aunque de vez en cuando sacaba a pasear su rebeldía y se escaqueaba, lo que provocaba el enfado de sus padres.

Cuando cumplió los 18 años, terminó sus estudios de bachillerato y pasó a trabajar en la fábrica de jamones de su pueblo, como hacía la mayoría de gente del pueblo que no había sucumbido a la llamada de las ciudades. La jornada laboral de horas lo dejaba extremadamente cansado, pero siempre sacaba un poco de tiempo para leer y salir con sus amigos. Eso sí, los fines de semana disfrutaba como el que más, ya que el pueblo se llenaba de habitantes de la ciudad que habían emigrado, y su pandilla de colegas se hacía más numerosa.

La vida seguía su curso y sonreía a Adolfo, sin duda, hasta en el amor triunfaba, ya que se había echado novia recientemente. Pero si hay algo que te enseña la vida, es que todo cambia por pequeños instantes, accidentes, noticias o detalles. En este caso fue una noticia: el Ministro del Interior había anunciado que se votaría en el Congreso la construcción de una presa en el entorno del pueblo, lo que traería como consecuencia la destrucción de la localidad. Para más indignación de los vecinos, no se construiría un nuevo pueblo a pocos kilómetros del original, como solía suceder, sino que alojarían a los vecinos en viviendas ya construidas en pueblos muy lejanos, ya que la presa destruiría todos los pueblos de la comarca. Además, el dueño de la fábrica anunció que si se edificaba la presa no se construiría una nueva planta

por falta de fondos, por lo que la mayor parte de habitantes de la comarca se quedaría sin trabajo.

Pánico y frustración, éstos eran los sentimientos de los vecinos. No podían permitir que les robaran su vida así y Adolfo, en cuya persona empezaba a mostrarse de nuevo el gen rebelde que afloró cuando era un chiquillo, lideró una especie de revolución, pese a su temprana edad.

Comenzaron por enviar cartas al Ministerio del Interior con razones para no construir la presa, pero fueron ignoradas completamente. Luego se presentaron los integrantes del Ayuntamiento, más Adolfo, en el Ministerio y exigieron una entrevista con el ministro, que tras muchos dimes y diretes les fue concebida, aunque no sacaron mucho partido de ella. Al día siguiente del encuentro, el ministro anunció que el Congreso votaría la medida en una semana. El sí a la construcción de la presa ganó por aplastante mayoría y su inicio estaba previsto para dentro de dos semanas.

Tras el fracaso de los actos pacíficos y legales, Adolfo, al que todos veían como un líder, incitó a toda la comarca a rebelarse contra la autoridad en un mitin multitudinario.

— Están jugando con nosotros. Pues bien, si por la vía legal no obtenemos resultados, proclamo la revolución. No paguéis el impuesto de la contribución la semana que viene, la basura tiradla a las afueras del pueblo, haced la vida imposible a los funcionarios y la Guardia Civil. Luchemos por nuestra tierra. Si estamos unidos, no construirán la presa.

Dicho y hecho, la comarca entera se rebeló y la primera semana todos los ciudadanos cumplieron los deseos de Adolfo pronunciados en el discurso. Estos actos de rebeldía provocaron que se montara un operativo especial de las Fuerzas Armadas para controlar el orden, lo que indignó más a los vecinos. Esta indignación alcanzó su punto álgido cuando un vecino fue agredido por un militar. A partir de este suceso los acontecimientos se radicalizaron y Adolfo llamó a los vecinos a las armas y la revolución se convirtió literalmente en una guerra de guerrillas al estilo Che Guevara entre los ciudadanos y el Ejército. Quedaban 4 días para el inicio de la presa y la situación era insostenible para los dos bandos. El Gobierno mandó más efectivos de las Fuerzas del Orden y los habitantes de la comarca tuvieron que refugiarse en el bosque, simulando a Robin Hood y sus fieles seguidores.

A falta de dos días, a los rebelados les llegó la noticia de que Adolfo había sido condenado a muerte y que se ofrecía una suculenta recompensa a quien le atrapara vivo. Además, si se entregaba el Gobierno prometía realizar un referéndum en toda la Nación para decidir si la presa se construía o no, situación que daba una pequeña esperanza a los rebeldes. En ese momento todo parecía perdido y en ese día el silencio reinó en la comarca, no hubo ningún acto de vandalismo. Por la noche, cuando todo el mundo dormía, Adolfo se levantó, abandonó el bosque y se entregó. Esa noche la pasó en los calabozos, esperando el nuevo día para comparecer ante la Justicia y ser ejecutado. Durmió.

*El día fue largo, el rebelde estaba muy nervioso, dando las explicaciones ante el Juez la voz le temblaba, pero defendió su causa con entereza y describió al detalle todas sus peticiones, las injusticias sufridas, el daño que haría la presa a su región, que simplemente desaparecería, se quejó de la fatal decisión de no construir pueblos nuevos en otro emplazamiento para que todos los vecinos y familias volvieran a estar juntos. Cuando acabó, volvió a los calabozos y ahí esperó pacientemente la hora del final. Dos horas más tarde, tres militares bajaron a su celda y le llevaron al patio. Allí, Adolfo se encontró con una sorpresa: no iba a ser ejecutado, sus explicaciones habían convencido al jurado y era libre. Además, la presa no se construiría. Había vencido.*

Despertó. Seguía en el calabozo. Había sido un sueño, un bonito sueño, el ansiado sueño. No estaba libre. Sus explicaciones no surgieron ningún efecto. Volvió al calabozo. Allí solo, pasó rápidamente por las 4 fases que pasa el hombre cuando sabe que su final está cerca: rechazo, rabia, miedo y aceptación. Lo fueron a buscar, salió al patio y lo llevaron a la guillotina. En esa tensa espera, se acordó de la frase que le dijo su padre de pequeño: "nunca olvides quién eres y de dónde vienes". Se sintió orgulloso de morir de pie defendiendo sus raíces. Miró al cielo y cayó la cuchilla.

## ENVOLTORIOS

### (3º Premio de Poesía “Marramblas y Farraguas”)

¿Y por qué la belleza  
está idealizada  
si lo en verdad importante  
se encuentra tras la fachada?

Y nos aterra una nariz  
de desproporcionadas dimensiones,  
tras la que se encuentra una persona  
de inmejorables condiciones.

Y nos mofamos de esas orejas  
que en su sitio no se encuentran,  
pero están dispuestas a escuchar  
cualquier pena que les cuentan.

Y nos reímos de esas gafas  
de culo de botella por cristales,  
sin pensar que podrían ver  
más allá que los ojos mortales.

Y nos asquean esas bocas  
de dientes impensables,  
que podrían versar palabras  
de belleza inimaginables.

Y la soledad se aferra  
a grandes corazones  
tras horribles cortezas  
heridos por las compasiones.

Pero algún día se valorará  
en las personas la auténtica esencia,  
porque la verdadera belleza se encuentra  
en quien cada cual más aprecia.

**Adrián Duque Pons**

## **UN MINUTO EN RECORDARTE**

### **(2º Premio de Poesía “Marramblas y Farraguas”)**

Aún recuerdo cuando despertábamos juntos cada mañana,  
cuando mis locas historias te divertían,  
las que tan atento escuchabas,  
en aquel tiempo en el que las horas se nos escurrían.

Recuerdo cuando al escuchar mi nombre tus ojos aún chispeaban,  
te desvivías por complacerme.  
Con un solo gesto en la cama te tumbabas.  
En esa batalla, eras un soldado inerme.

Esos días boyantes parecían no tener fin.  
Algún día, yo pensaba, el fin llegará  
ya que nada es eterno, por mucho  
que se crea en la eternidad,  
porque no existe.  
Aunque me creía diferente  
no lo era.  
Aunque me juré que eras el definitivo  
no lo fuiste.

Finalmente, el fin llegó  
fugaz y sin avisar,  
sorprendida y sola me dejó  
y sin tiempo a reaccionar.

Hoy mi dolor ha menguado,  
y aquí tengo la nostalgia  
que en mi vida se ha instalado  
evocando días de magia.

A veces, despierto en soledad.  
Otras, con quienes no quiero,  
y huyo a gran velocidad  
pues esos amores fieros  
son años sin Navidad,  
son lluvia sin chubasquero,  
habitante sin ciudad,  
vela sin candelero,  
guitarra sin sonar.

Aunque el tiempo todo cura  
y acabará por sanar,  
pero qué malaventura  
si por lograr olvidar  
además de la amargura,  
mi tiempo a tu olvido he de dar.

Año y tres meses me costaste,  
el precio de tu corto amor  
de mi vida alto porcentaje,  
desorbitada inversión.

¡Cuántas lunas y amaneceres  
se invirtieron en olvidarte!  
Es el mayor de los hurtos  
que no sueño en perdonarte.

Y todo por aquel día  
quedarme una hora más  
donde el destino escondía  
bajo la manga aquel as,  
cuando mis ojos los tuyos descubrían  
y ya vino lo demás.

**Itziar Matamoros García**

## RESISTENCIA

### (1º Premio de Poesía “Marramblas y Farraguas”)

Es constante el sufrir  
en el permanente latir del alma.  
La calma quiero pedir.  
Regálame tú, calma.

En la inmensidad del tiempo  
miro a lo lejos con indiferencia,  
a veces pienso y me lamento  
porque siempre vivo en tu ausencia.

Ya no se ensancha mi cuerpo por la mañana,  
ya no se van mis ojos a la ventana,  
ya no se ríen mis labios con un niño,  
ya no busca mi mente tu cariño.

Es perpetuo el sufrir en la vida,  
el silencio tortura la mente,  
ya no siento la acogida,  
sólo me siento ausente.

Entre tinieblas y en terreno duro,  
lo que pudo ser y no fue,  
esperando recuperar el futuro  
que en mis sueños un día soñé.

Esta mañana de invierno,  
gris como el alma herido,  
sólo es peor el infierno.  
Sólo deseo el olvido.

Olvido de heridas  
que curan sin duelo.  
Me aferro a la vida,  
me quedo en mi cielo.

Azul en el cielo  
de verde pradera,  
teñido el sendero  
con su primavera.

Criaturas nocturnas  
con sonrisa malva  
destilan la noche,  
se acuestan al alba.

Mañana que salva  
de grandes condenas,  
me tiendes la mano,  
me quitas las penas.

Camino que absorbe  
toda mezquindad,  
grandeza perpetua  
sin fin ni maldad.

Esfuerzo y pureza,  
sudor en el cuerpo,  
aquí no hay pereza  
ni envidias ni cerco.

Metas sin odio  
y sin avaricia,  
no existe ambición,  
no existe codicia.

El blanco paisaje,  
presencia de dioses,  
perfecto viaje.  
No quiero más voces.

De vuelta y cansado,  
el sol adormece,  
sediento y sudado,  
sin ruido ni jueces.

**José Sánchez Calvo**